

*Calle de los Ladrones*

Pero cuando uno es joven debe ver mundo, adquirir experiencia, ideas, ampliar horizontes. «¡Aquí! —lo interrumpí—. Nunca se sabe. Aquí encontré al señor Kurtz.»

JOSEPH CONRAD,  
*El corazón de las tinieblas*

I

ESTRECHOS

Los hombres son perros, se atacan los unos a los otros en la miseria, se revuelcan en la mugre sin poder escapar, se lamen el pelo y se lamen el sexo durante todo el día, tendidos en el polvo, dispuestos a todo por unos despojos o el hueso podrido que puedan echarles, y yo, lo mismo que ellos, soy un ser humano, un detritus vicioso esclavo de sus instintos, un perro, un perro que muerde cuando tiene miedo y que busca las caricias. Lo veo claro en mi niñez; en mi vida de cachorro en Tánger; en mis andanzas de joven chuchó, en mis gemidos de perro abatido; entiendo mi delirio entre las mujeres, que yo tomaba por amor, y entiendo sobre todo la ausencia del maestro, que nos hace vagar tras su rastro en la oscuridad olfateándonos los unos a los otros, perdidos, sin una meta. En Tánger yo hacía cinco kilómetros a pie dos veces al día para ver el mar, el puerto y el Estrecho, ahora sigo caminando mucho, también leo, cada vez más, una forma agradable de engañar el aburrimiento, la muerte, de engañar el propio pensamiento distrayéndolo, alejándolo de la verdad, la única, que es esta: somos animales enjaulados que viven para disfrutar, en la oscuridad. Nunca regresé a Tánger, aunque me he cruzado con tipos que soñaban visitarla como turistas, alquilar un hermoso chalet con vistas al mar, beber té en el Café Hafa, fumar hachís y follarse a algún indígena, indígenas masculinos casi siempre aunque no solo, los hay que esperan tirarse a alguna princesa de *Las mil y una noches*, os lo aseguro, cuántos no me habrán pedido si les podía arreglar un viajecito a Tánger, con hachís y autóctonas, para descansar, si ellos supiesen que el único culo que vi antes de tener dieciocho años fue el de mi prima Meryem se hubiesen caído de espaldas o no me hubie-

sen creído, hasta tal punto asocian Tánger con una sensualidad, con un deseo, con una permisividad que para nosotros nunca existió, pero que allí se le ofrece al turista a cambio de dinero contante y sonante depositado en el monedero de la miseria. A nuestro barrio, no venían turistas. La casa donde crecí no era ni rica ni pobre, mi familia tampoco, mi padre era un hombre piadoso, lo que se llama un hombre de bien, un hombre de honor que no maltrataba a su mujer, ni tampoco a sus hijos (aparte de alguna patada en las posaderas de vez en cuando, algo que nunca ha hecho mal a nadie). Hombre de un solo libro, pero de uno bueno, el Corán, allí estaba todo cuanto necesitaba para saber qué debía hacer en esta vida y lo que le esperaba en la otra, rezar cinco veces al día, ayunar, dar limosna, su único sueño era ir en peregrinaje a La Meca, que nosotros llamamos Hadj, Hadj Mohsen, esa era su única ambición, tanto le daba transformar a base de trabajo su colmado en un supermercado, tanto le daba ganar millones de dirhams, él tenía el Libro los rezos el peregrinaje y punto; mi madre lo reverenciaba, y rendía una obediencia casi filial a la servidumbre doméstica; así es como crecí, entre los suras, la moral, las historias del Profeta y de los tiempos gloriosos de los árabes, fui a una escuela media donde aprendí un poco de francés y de español y todos los días bajaba al puerto con mi amigo Basam, a la parte baja de la Medina y al Gran Zoco para ver a los turistas, desde que nos salió pelo en los cojones esa fue para Basam y para mí nuestra actividad principal, mirar a las extranjeras, sobre todo en verano, cuando se ponen pantalones y faldas cortas. De todas formas, en verano no había mucho que hacer aparte de seguir a las chicas o ir a la playa a fumar porros cuando alguien nos pasaba algo de hachís. Leía un montón de viejas novelas de detectives francesas que le compraba a un librero de viejo por unas monedas, novelas de detectives porque a veces había carne, había rubias, cochazos, whisky y pasta, todo cosas que nos faltaban tanto como soñar, atrapados como estábamos entre los rezos, el Corán y Dios, que era un poco como un segundo padre, sin con-

tar las patadas en el trasero. Nos instalábamos en lo alto del acantilado de cara al Estrecho, rodeados de tumbas fenicias, que no eran más que agujeros en la roca, llenos de paquetes de patatas fritas y latas de Coca-Cola en lugar de fiambres antiguos, cada uno un walkman en las orejas, y mirábamos las idas y venidas de los ferrys entre Tánger y Tarifa durante horas. Nos aburríamos a base de bien. Basam soñaba con largarse, probar suerte en el otro lado como él decía, su padre era camarero en un restaurante para ricos frente al mar. Yo no pensaba demasiado en el otro lado, en España, en Europa, me gustaba lo que leía en mis novelitas de detectives, pero eso es todo. Con ellas aprendía un idioma, descubría países; estaba orgulloso de conocerlos, de tenerlos para mí solo, no necesitaba que ese patoso de Basam los contaminase con sus ambiciones. Lo que de verdad me tentaba en aquellos tiempos era Meryem, la hija de mi tío Ahmed; vivía sola con su madre, en el mismo rellano que nosotros, su padre y sus hermanos trabajaban en los campos de Almería. No era demasiado guapa, pero tenía unas buenas tetas y un culo bien rollizo; en casa solía llevar pantalones ajustados o ropa interior semitransparente, Dios mío, Dios mío, cómo me ponía, me preguntaba si lo hacía adrede, y en mis sueños eróticos antes de dormirme imaginaba que la desnudaba, que la acariciaba, que ponía mi cara entre sus enormes tetas, pero era incapaz de dar el primer paso. Era mi prima, podía casarme con ella pero no meterle mano, eso no estaba bien. Me contentaba con soñar, con hablar de ella con Basam, durante nuestras tardes contemplando la estela de los barcos. Hoy me ha sonreído, hoy llevaba esto o aquello, creo que llevaba un sostén rojo, etcétera. Basam movía la cabeza diciéndome te quiere, está claro, le molas, si no no haría esos numeritos, ¿qué numeritos?, le respondía yo, es normal que se ponga un sujetador, ¿no? Sí, pero rojo, venga, hombre, venga, ¿no te das cuenta? El rojo es para excitar, y así durante horas. Basam tenía una buena cabezota de pobre, redonda y de ojos pequeños, iba a la mezquita todos los días con su viejo. Se pasaba el tiempo haciendo planes

para emigrar de forma clandestina, disfrazado de aduanero, de policía; soñaba con robarle los papeles a un turista y, bien vestido, con una hermosa maleta, tomar tranquilamente el barco como si nada. Yo le preguntaba: pero ¿qué vas a hacer en España sin pasta? Curraré un poco para ahorrar, luego me iré a Francia, me contestaba, a Francia y luego a Alemania y de ahí a Estados Unidos. No sé por qué pensaba que sería más fácil ir a Estados Unidos desde Alemania. En Alemania hace mucho frío, le decía yo. Además, allí no les gustan los árabes. Eso es mentira, decía Basam, los marroquíes sí que les gustan, mi primo es mecánico en Dusseldorf y bien contento que está. Solo tienes que aprender alemán y, aunque suene raro, según parece, te respetan. Y dan los papeles con más facilidad que los franceses.

Hacíamos castillos en el aire: o las tetas de Meryem o la emigración; meditábamos así durante horas, frente al Estrecho, y luego volvíamos a casa a pie, él para ir a su oración de la tarde, yo para tratar de ver a mi prima una vez más. Teníamos diecisiete años, pero una edad mental de doce. No éramos muy astutos.

Unos meses más tarde me daban mi primera paliza, una avalancha de golpes como nunca había conocido, terminé medio aturdido y llorando, tanto por el dolor como por la humillación, mi padre también lloraba, de vergüenza, y recitaba fórmulas de conjuración, Dios nos guarde de todo mal, Dios nos ayude, no hay más Dios que Dios y todo eso, añadiendo bofetadas y golpes con la correa; mientras, mi madre gimiendo en un rincón, ella también lloraba y me miraba como si yo fuera el diablo en persona, y cuando mi padre quedó agotado, cuando ya no era capaz de seguir golpeando, se produjo un gran silencio, un silencio inmenso, me miraban los dos fijamente. Yo era un extraño, sentí que aquellas miradas me propulsaban hacia el exterior, me sentía humillado y aterrizado, mi padre tenía los ojos llenos de odio, me escapé corriendo. Cerré la puerta tras de mí, en el rellano oí llorar y gritar a Meryem a través de la puerta, se oían golpes, también

insultos, perra, puta, bajé corriendo las escaleras, una vez fuera me di cuenta de que estaba sangrando por la nariz, solo llevaba una camisa, apenas tenía diez dirhams en el bolsillo y ningún sitio al que ir. Era a principios del verano, por suerte la noche era templada, el aire salado. Me senté en el suelo contra el tronco de un eucalipto, me cogí la cabeza con las manos y me puse a gimotear como un niño, hasta que cayó la noche y llamaron a la oración. Me levanté, tenía miedo; sabía que no iba a volver a casa, que ya no volvería, era imposible. ¿Qué iba a hacer? Me fui a la mezquita del barrio, a ver si podía pillar a Basam a la salida. Él me vio, abrió los ojos como platos, yo le dije por señas que dejase a su padre y viniese conmigo. Mierda, ¿te has visto la cara? ¿Qué te ha pasado? Mi viejo nos ha pillado a mí y a Meryem desnudos, le dije, y el solo recuerdo de aquel momento me hacía apretar los dientes, las lágrimas de rabia me inundaban los ojos. La vergüenza, la terrible vergüenza de ser descubierto desnudo, nuestros cuerpos expuestos, la vergüenza abrasadora que aún hoy me paraliza. Basam masculó vaya putada, la que te ha debido de caer, eso mismo, dije yo, eso mismo, sin entrar en detalles. ¿Y ahora qué vas a hacer? No sé nada. Pero no puedo volver a casa. ¿Dónde vas dormir?, me preguntó Basam. No tengo ni idea. ¿Tienes dinero? Veinte dirhams y un libro, eso es todo. Me dio unas monedas que llevaba encima. Tengo que irme. ¿Nos vemos mañana? ¿Como de costumbre? Yo dije de acuerdo, y se fue. Di una vuelta por la ciudad, un poco perdido. Subí por la avenida Pasteur, luego bajé hacia el mar por las pequeñas calles empinadas; había luces rojas en los bares, camareras haciendo de gancho en la puerta, tipos turbios sentados delante de los escaparates. En la cornisa, las parejas paseaban tranquilamente cogidas del brazo, eso me hizo pensar en Meryem. Volví al puerto y me dirigí hacia las Tumbas, me senté frente al Estrecho, había luces hermosas en España; me imaginé a la gente bailando en las playas, la libertad, las mujeres, los coches; ¿qué iba a hacer ahora, sin un techo, sin dinero? ¿Pedir limosna? ¿Trabajar? Debería volver a casa. Esa perspec-

tiva me estaba destruyendo por adelantado. Imposible. Me acosté, miré las estrellas durante un buen rato. Dormité hasta que el frío del amanecer me obligó a levantarme y a caminar para entrar en calor. Me dolía todo, los golpes, pero también el entumecimiento de la noche entre las rocas. De haberlo sabido, hubiese vuelto a casa prudentemente, hubiese implorado el perdón de mi padre. De no haber sido tan orgulloso, eso es lo que debería haber hecho, me hubiese ahorrado muchas humillaciones y heridas, puede que hubiese llegado a ser tendero, puede que hubiese desposado a Meryem, puede que a estas horas estuviese en Tánger, cenando en un bonito restaurante frente al mar o dándole la tabarra a mis críos, toda una camada de cachorros hambrientos y gritones.